

Por una Historia Global (más) justa

GRUPO DEL SEMINARIO DE HISTORIA GLOBAL, IUE*

Instituto Universitario Europeo, Florencia

Durante el otoño del año 2020, un grupo de investigadores de doctorado del Instituto Universitario Europeo (IUE) y dos profesores nos reunimos regularmente en el seminario de historia global. No siempre estábamos juntos en la misma aula, y no fueron pocas las veces en que tuvimos que vernos desde una pantalla que se asomaba a nuestros salones, dormitorios y cocinas. Ocasionalmente nuestra conexión a internet no podía aguantar el estrés de la situación. Era ésta una nueva conexión de aislamientos, de cuarentenas esporádicas y de confinamientos vigilados. ¿Cómo discutir sobre historia global en un mundo en el que no podíamos reunirnos, ni darnos la mano ni visitar a amigos y familia; en el que la mayoría de los lugares a los que aludíamos parecían más distantes que nunca, por lo menos en el tiempo en que nos ha tocado vivir?

Las líneas que siguen son el resultado de una conversación entre veinte personas –jóvenes y mayores, creyentes y escépticas, fascinadas o repelidas por la historia global. A lo largo de diez sesiones de dos horas cada una, leímos y discutimos una amplia variedad de textos que caen dentro del umbral de la historia global. Empezamos con declaraciones destacadas acerca del “estado de la cuestión”, escritas por Conrad, Adelman y Berg, entre otros.¹ De ahí pasamos a debates en torno la “historia micro-global”, las “divergencias”, los “espacios”, los usos de la historia pública digital y el tema de la esclavitud. Para aquellos interesados en saber más acerca de lo que leímos, el programa del seminario está disponible en el sitio internet del IUE.²

* Friedrich Ammermann (Alemania), Paul Barrett (Irlanda), Olga Byrska (Polonia), Elisa Chazal (Francia), Vigdis Andrea Baugstø Evang (Noruega), Eoghan Christopher Hussey (Irlanda), Carlos Jorge Martins (Portugal), Roberto Larrañaga Domínguez (España), Fartun Mohamed (Italia), Sven Mörsdorf (Alemania), Bastiaan Nugteren (Países Bajos), Anna Orinsky (Alemania), Rebecca Orr (Reino Unido), Cosimo Pantaleoni (Francia), Lucy Riall (Irlanda), Giorgio Riello (Italia y Reino Unido), Asensio Robles Lopez (España), Alejandro Salamanca Rodríguez (España), Liu Shi (China), Takuya Shimada (Japón), Halit Simen (Turquía).

¹ SEBASTIAN CONRAD, *What is Global History?* (Princeton: Princeton University Press, 2016); MAXINE BERG, ‘Global History: Approaches and New Directions’ and ‘Panel Discussion: Ways Forward and Major Challenges’, in MAXINE BERG, ed., *Writing the History of the Global: Challenges for the Twenty-First Century* (London: Published for The British Academy by Oxford University Press, 2013), 1–18, 197–208; JEREMY ADELMAN, ‘What is Global History Now?’ *Aeon*, Essays, March 2, 2017, <https://aeon.co/essays/is-global-history-still-possible-or-has-it-had-its-moment>.

² European University Institute, Department of History and Civilization, Research & Teaching, Seminars, 2020-2021 1st term, Global History, consultado enero 31, 2021, <https://www.eui.eu/DepartmentsAndCentres/HistoryAndCivilization/ResearchAndTeaching/Seminars/2020-2021-1st-term/DS-Global-History-RiallRiello>.

La vitalidad y frescura del campo se vio reflejada en nuestras discusiones habituales. En estas conversaciones no se daba por sentada la experiencia previa de nadie; de hecho, aquellos miembros del seminario que ya se identificaban como “historiadores globales” eran probablemente una minoría. La mayoría de nosotros, incluyendo nuestros profesores, buscábamos distintas maneras de incorporar un enfoque de historia global en nuestra investigación; nos interesaban los métodos y los problemas de la historia global, y desafiábamos concienzudamente los límites de los estudios regionales al tomar en cuenta distintas épocas y lugares a la vez, y comparando metodologías diferentes.

También caímos en la cuenta de que el campo ha cambiado muy rápidamente a lo largo de los últimos diez años o más, y sigue haciéndolo. No hay nada canónico en historia global: de hecho, desde su creación en 2009, el Seminario de Historia Global del IUE ha cambiado tanto que ninguna de las lecturas del programa de 2009 se encuentra en el del 2020.³

Basándose en nuestras discusiones, los dos profesores del seminario – Lucy Riall y Giorgio Riello – elaboraron una serie de preguntas, a las cuales cada investigador doctoral ofreció respuestas individuales. Después recopilamos las respuestas, las discutimos en una sesión, las redactamos, y revisamos juntos el texto que aquí presentamos. Se trata de un esfuerzo deliberadamente colectivo por parte de investigadores y profesores por igual, no sólo un intento de definir los contornos de la historia global; sino también una reflexión acerca de lo que es la historia global, lo que puede llegar a ser, o lo que debería ser. Discurríamos sobre asuntos que nos confundieron y nos desconcertaron, que nos enojaron y hasta nos enfurecieron. Lo hicimos juntos para demostrar que la historia global no puede hacerse en soledad. Puede que últimamente hayamos estado aislados, pero nuestro esfuerzo intelectual debe ser colectivo.

Agradecemos a *Cromohs* esta oportunidad. Discutimos sobre tres temas principales: “la política de la historia global”, pensando la historia global como una modalidad de activismo; “¿la historia global de quién?”, considerando asuntos de propiedad y reparto; y “una historia global abierta”, proponiendo un futuro utópico (para un presente turbulento).

La política de la historia global

Percibida anteriormente como la solución a una falta de oportunidades crónica en la historia, la historia global ha resultado ser una respuesta más bien decepcionante, y por supuesto no la panacea para los “males de la historia”. Los debates recientes en historia global –algunos de los cuales han tenido lugar en esta revista– no resultan muy atractivos para cualquiera que pueda estar considerando dedicarse a la historia, y

³ Para los seminarios anteriores: European University Institute, Department of History and Civilization, Research & Teaching, Seminars, Past Seminars, consultado enero 31, 2021, <https://www.eui.eu/DepartmentsAndCentres/HistoryAndCivilization/ResearchAndTeaching/Seminars/Past-Seminars>.

mucho menos para quien quiera especializarse en historia global. Esta sensación de exclusión se debe a un simple problema, que tiene que ver con centros y márgenes. Los historiadores globales desdeñan los modelos de centro y periferia de Wallerstein, sin caer en la cuenta de que los reproducen una y otra vez. Esto resulta particularmente cierto en su quehacer académico, así como en su “posicionamiento social”. Como grupo de historiadores mayoritariamente jóvenes, podemos debatir si estamos en los “márgenes académicos”. Puede que desarrollemos – o no – una carrera en historia, que encontremos un trabajo en esta área, o puede que ni siquiera terminemos la tesis. Pero somos investigadores en una institución occidental rica (lo sigue siendo a pesar de los recortes), en un lugar que no está en los márgenes académicos, aunque Florencia ya no sea el “centro global” que fue durante el Renacimiento.

Dos meses de lectura y debate acerca de la historia global nos han dejado a todos con un cierto sabor amargo (*l'amaro in bocca*) y con la impresión de que la competencia, más que la colaboración; el control, más que la inclusión, dominan no sólo la producción, sino también el debate académico en historia global. La academia puede ser un lugar desagradable, en especial en las instituciones de élite, y – como todos sabemos – la competencia ha sido un fundamento de la vida académica (“publicar o morir”; becas; índices de impacto) desde hace mucho tiempo. Hay algunos investigadores reputados –no todos, desde luego – que han conseguido construir su propia torre de marfil, alta y amurallada. En tal posición, es posible elegir y proyectar la propia voz con seguridad. Esta gente y estas instituciones actúan como altavoces. Se han vuelto los centros de la historia global.

No todas las corrientes historiográficas nacen en centros educativos anglófonos y elitistas. En efecto, los orígenes de la *histoire culturelle*, la *microstoria*, y la *Alltagsgeschichte*, así como de la historia global, yacen fuera del mundo anglosajón. Sin embargo, hoy por lo general las nuevas corrientes historiográficas no adquieren una dimensión global a menos que se las reconozca y asimile desde los centros anglófonos y sus respectivas editoriales. Al mismo tiempo, la identificación de lo “global” con el mundo anglosajón y de “Europa” con su rincón noroccidental refuerza una visión verdaderamente anticuada de la historia europea, más una herencia de nuestros predecesores decimonónicos que de la academia del siglo XXI. El hecho de que la historia global esté recorriendo el mismo camino desde una perspectiva más transnacional (aunque todavía tradicional) es particularmente decepcionante, pues esto contradice algunos de sus principios fundacionales, como el de descentrar las narrativas dominantes y “darle voz a los subalternos”.⁴ La historia global se ha vuelto “global” y, al hacerlo, también ha absorbido el *Zeitgeist* de la actual era anglófona.

Esto es inaceptable, ya que es precisamente el potencial emancipador de las historias globales (el rastreo de los actores marginalizados o la relectura de las narrativas convencionales centradas en el Estado-nación) el que la hace tan interesante a ojos de

⁴ GAYATRI CHAKRAVORTY SPIVAK, ‘Can the Subaltern Speak?’ in Laura Chrisman and Patrick Williams, eds, *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory: A Reader* (New York: Columbia University Press, 1993), 66–111.

tanta gente. Por lo tanto, si la historia global es en muchos sentidos una reflexión en torno a nuestro presente globalizado, también puede demostrar que la forma particular de este mundo globalizado no puede darse por sentada y que (hoy por hoy) podemos dar forma a nuestro mundo como también lo hicieron otros en el pasado.

Nuestra manera de entender la historia global no tiene que ver con una especie de “historia total”; tampoco buscamos establecer una nueva narrativa dominante. Más bien vemos la historia global como un punto de vista muy necesario: la visión panorámica ha cedido ante perspectivas “localizadas”. Éstas ya no se interesan exclusivamente en lo local o lo nacional, sino que buscan ofrecer nuevos marcos para la interpretación de fenómenos globales. Echan mano del conocimiento y quehacer académico locales para construir interpretaciones globales que estén bien fundamentadas y sean incisivas a la vez. Este trabajo sigue haciéndose por lo general desde un punto de vista europeo y occidental. No obstante, podría también llevarse a cabo desde la perspectiva de otros lugares, otras sociedades, y otras comunidades académicas. Tenemos la impresión de que una historia global escrita parcial o primordialmente desde los márgenes podría impulsar una cultura de debate muy diferente. Y, sin embargo, esta no es sólo una aspiración. Este deseo puede llevarse a cabo solamente mediante la acción. Por esto, creemos que la historia global tiene que empeñarse con más ahínco en atender a las desigualdades, de tal suerte que los historiadores de fuera de Estados Unidos y de Europa puedan decidir si sus prismas y escalas de análisis son apropiados, adecuados y fructíferos.

Si pudiéramos recomendar algo a los historiadores globales con más experiencia, sería la construcción de redes académicas verdaderamente multipolares y multilingües, de tal forma que un mayor número de académicos puedan sentir que tienen algo que aportar. Esto requeriría admitir que las estructuras del mundo académico internacional cuentan con jerarquías de dominación y opresión. Un reconocimiento que, a su vez, señala cuestiones más amplias sobre las desigualdades existentes entre las instituciones dedicadas a la creación de conocimientos. Esto se refleja también en el desequilibrio entre las sociedades y estados que financian y apoyan a estas instituciones.

El poder está en todos lados, y no distribuido equitativamente, tomando a veces formas inapreciables a primera vista. Durante nuestro seminario hemos discutido la importancia del lenguaje y, en concreto, de la lengua inglesa. Todas nuestras lecturas estaban escritas en este idioma, a pesar de que no se tratara de la lengua materna de la gran mayoría del grupo. Lo cual nos ha llevado a plantearnos una pregunta un tanto paradójica: ¿Cuán diferentes serían las jerarquías de producción de conocimiento si el inglés perdiera su condición de *lingua franca*? ¿Qué historia global habría en su lugar? El historiador global Martín Dusiñberre se ha dedicado en sus trabajos a reconocer la importancia de las lenguas locales, ayudando así a poner en el centro de su investigación a personas a menudo invisibles o ignoradas por las grandes narrativas.⁵

⁵ MARTIN DUSIÑBERRE, ‘Japan, Global History, and the Great Silence’, *History Workshop Journal* 83, no. 1 (2017): 130–150.

Su artículo, por ejemplo, cuestiona ciertas convenciones del mundo académico occidental al hacer al lector enfrentarse a documentos en su lengua original. A pesar de ser incomprensible para una mayoría de nosotros (aunque no todos), un pasaje en japonés resulta más fiel al sujeto de estudio que cualquier traducción aproximada al inglés.

El multilingüismo sirve no sólo para acceder a diferentes documentos, sino también a otros mundos y perspectivas, como quizás el de los historiadores fuera del mundo anglosajón. En lugar de traducir sólo libros de historia global en inglés a otros idiomas, este mismo esfuerzo se podría también dedicar a la traducción de obras originalmente escritas en, por ejemplo, chino, japonés, español, italiano o francés. Algo que requiere, al mismo tiempo, una mayor reevaluación sobre qué y cómo se publica, además de por quién.

Las editoriales más prestigiosas (una vez más, imprentas comerciales y académicas británicas y estadounidenses) han llevado la voz cantante en la producción académica y popularización de la historia global, protagonizada en su mayoría por académicos (predominantemente hombres) consolidados y provenientes de universidades prestigiosas. Un modo de actuación que, una vez más, ha servido sólo para confirmar las jerarquías establecidas y eliminar el potencial disruptivo de la especialidad. El hecho de que las principales revistas de historia global sean sólo accesibles a través de suscripciones limita su impacto más allá del número reducido de centros (generalmente occidentales) que pueden permitirse tales gastos. El problema aquí no es simplemente tener que publicar en, por ejemplo, *Journal of Global History* (una revista de Cambridge), sino el hecho de que, al no ser de libre acceso, estos artículos no pueden ser consultados por instituciones con ingresos más modestos e investigadores independientes. La brecha entre unos y otros sólo puede aumentar.

Quizá por ello la historia global debería establecer una nueva agenda, un programa de inclusión, un foro de discusión, un espacio seguro, donde ojalá tengan más cabida las voces de aquellos que siguen sin ser oídos. Los historiadores y autores fuera de la esfera anglófona deberían ser no solamente invitados a participar en los actuales debates de historia global, sino también a influir su devenir aportando nuevas cuestiones y temas de debate. Una tarea similar existía hace apenas una generación con la necesidad de incluir a las historiadoras: en un mundo (todavía) dominado por los hombres, era absolutamente necesario reconocer la importancia de las mujeres y de su labor en la creación de nuevos campos de investigación. La historia global tiene, en este sentido, una responsabilidad parecida a la hora de aportar nuevos modos de inclusividad en el estudio de la historia. Quizá la historia global debería “escuchar proactivamente”. Reconocer y considerar la universalidad de la diferencia para así dar cabida a una historia más amplia (aunque quizá siempre incompleta) de nuestro mundo.

¿La historia global de quién?

En su famoso (y polémico) artículo online, Jeremy Adelman nos invita a preguntarnos sobre quiénes son aquellos que la historia global ha dejado apartados. Ese gran número de personas que no viajan, que no cuentan con contactos, y cuyo único vínculo con “lo global” es el impacto que la globalización tiene sobre ellos.⁶ Personas que, en definitiva, dudosamente sientan la misma empatía por la historia global que muchos profesores de universidad. Adelman tenía en mente concretamente a las clases trabajadoras del cinturón industrial de los Estados Unidos, más que, por ejemplo, a los agricultores de Nigeria o a los obreros en las fábricas de Jiangsu. La producción de historias globales debería llevarnos a plantearnos el tipo de público al que se dirigen. Las historias nacionales buscaban (para bien o para mal) la construcción de la nación; dieron forma a determinados sentimientos de identidad nacional (y a veces a nacionalismos); celebraban (o glorificaban) las instituciones y cultura de un país; y sirvieron para crear (y limitar) la razón de ser en las narrativas históricas. Sin duda, todas estas “coordenadas” son difíciles de trasladar a un mapa global. Decir que la historia global ayuda a crear una “identidad global”, o a celebrar instituciones y culturas supranacionales sería engañoso.

Lo que la historia global ha conseguido es responder a la llamada de Dipesh Chakrabarty a “provincializar Europa”.⁷ Ningún historiador considera hoy en día el mundo como un entramado de meros receptores pasivos de ideas e instituciones desarrolladas en el “centro” del mapa (Occidente). Es cierto, aun así, que este proyecto de historia global no ha sido fácil ni automático. Este campo lleva varios años madurando y los especialistas han ido proponiendo nuevos temas, geografías, y herramientas de estudio. Y, a pesar de ello, quizá sea todavía legítimo preguntarse hasta qué punto esta historia global resultante no es más que un mero reflejo de la opinión pública occidental paralela a la de sus medios de comunicación: ambos campos, por ejemplo, buscan conectar distintas partes del mundo, resultando al mismo tiempo evidente que ciertas figuras (generalmente “grandes hombres”) y zonas geográficas reciben más atención que otras (llegando algunas regiones a desaparecer completamente del mapa). Tal y como nos recuerda Maxine Berg, en nuestro afán por transformar Europa del *sujeto* de conocimiento a un *objeto* de estudio por la historia global, en realidad apenas hemos conseguido pasar de un eurocentrismo a un “euroasiático-centrismo”.⁸ Integrar en estos estudios al “Sur global” (África, Latinoamérica, y el Océano Pacífico no-anglosajón) sigue estando en nuestra lista de tareas, en parte motivado por el modo en que las jerarquías académicas continúan obstaculizando las voces y metodologías que no se corresponden con las suyas.

Así, el enfoque desigual de la historia global demuestra tener un poder excluyente a pesar de su voluntad inclusiva, lo que quizás sea indicio de una de las limitaciones de

⁶ ADELMAN, ‘What is Global History Now?’.

⁷ DIPESH CHAKRABARTY, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference* (Princeton: Princeton University Press, 2000).

⁸ BERG, ‘Global History: Approaches and New Directions’, 5.

la especialidad: por mucho que se busque abarcar el mayor número de personas y geografías (pasadas y presentes), probablemente haya que aceptar que esta historia no puede hablar en nombre de todos y que no será ni siquiera relevante para la gran mayoría de los 7,7 mil millones de habitantes de este planeta. Esto no quiere decir, obviamente, que pretendamos construir una especie de historia. Si este seminario ha conseguido sacar algo en claro tras diez semanas de lectura y debate, es que la historia global es diversa, múltiple, e incluso cacofónica por momentos. Lejos de ser una desventaja, creemos que estas características deberían ser bienvenidas, apreciadas y promocionadas. De lo contrario, y como hemos visto, definir las historias globales no nos haría sino caer en respuestas totalizadoras que, en el fondo, fracasarían a la hora de reflexionar tanto sobre quienes las escribimos, como sobre el público al que queremos dirigirnos.

¿Qué pasaría si uno empezara a escribir historia global desde, por ejemplo, un departamento de estudios surasiáticos en Singapur? ¿Qué ocurriría si las historias globales producidas por los departamentos de historia sudamericana de Buenos Aires o Lima tuvieran un alcance mundial? Probablemente, estos trabajos introducirían nuevas corrientes metodológicas y de pensamiento distintas a las establecidas en Europa y Norteamérica. Otra pregunta también podría ser: ¿Y si intelectuales de la India comenzaran a resistir la narrativa global de la superioridad europea? Algo que, en parte, ya se ha visto en el campo historiográfico con la aparición de los estudios subalternos. Irónicamente, algunos de estos intelectuales han acabado en universidades de la prestigiosa Ivy League.

Otro posible resultado de este tipo de historia sería un mayor reconocimiento y una mejor comprensión del papel activo de los actores no-europeos. Habrá quien diga, entre los diferentes historiadores occidentales, que esto no tiene nada que ver con ellos, que las historias de Europa no pueden sino ser eurocéntricas. A tales argumentos se podría responder aludiendo al problema de cómo acceder (o incluso “calibrar”) cuestiones como el poder hegemónico europeo. Se trata de un tema que desde luego afecta a la historia global e imperial, pero que en los últimos años ha ido teniendo cabida dentro de las historias continentales y nacionales. A lo largo de nuestro seminario, por ejemplo, hemos podido analizar el rol de determinados actores europeos a la hora de transformar entornos globales, ya fuera a través de la explotación de recursos, la transformación de paisajes, o la alteración de ecosistemas. Se trata a su vez de asuntos que resuenan en el trabajo de los jóvenes académicos que promueven investigan tanto en el IUE como en otros lugares y que plantean nuevas y difíciles preguntas sobre la agencia, la subjetividad, el poder y el papel de los humanos en las historias antropocénicas. Y a su vez, incluso abren nuevas narrativas donde la tónica predominante ya no es “nosotros contra ellos” u “Occidente contra el resto” sino algo completamente diferente, donde el medio ambiente, el ser humano y sus instituciones terminan fundiéndose en un solo lienzo global.

Una historia global abierta

A mediados del siglo XX, los académicos de la escuela de los *Annales* en Francia y los historiadores marxistas establecidos en Gran Bretaña trataron de cambiar los sujetos, temporalidades y categorías de la historia. “Trato de rescatar de la enorme prepotencia de la posteridad –, escribió E.P. Thompson en el prefacio de su obra clásica *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra* – al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al “obsoleto” tejedor en telar manual, al artesano “utópico” e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott.”⁹ Y aun así, este intento de escribir una historia “desde abajo” y de incluir las clases sociales en la escritura de la historia acabó marginalizando a muchos: a las mujeres, principalmente, y junto con ellas a los “subalternos” racializados y a los “desviados” no-normativos, así como a cualquiera cuya identidad primaria no estuviera definida por la jerarquía de la clase social. El enfoque de los historiadores marxistas en la clase social relegó la subjetividad a un segundo plano. La identidad del hombre de clase trabajadora quedó definida por su posición social, no por su comprensión de sí mismo.

Lo que queremos decir es que ya hemos pasado por aquí antes. Todas las narrativas lineales, incluidas las históricas, se construyen sobre un protagonista central o un escenario – ya sea un héroe, una clase, un movimiento social, un país – de modo que cualquier intento de rescatar a los *outsiders* de la “enorme prepotencia de la posteridad” debe inevitablemente relegar a otros a la periferia. Con esto no queremos decir que centrarse en los *outsiders* o alterar la temporalidad no pueda alterar la narrativa – precisamente es lo que consiguieron la escuela de los *Annales* y los historiadores marxistas. Más bien pretendemos desafiar la idea de una narrativa lineal, de un “antes” y un “después”, especialmente para la historia global.¹⁰ En las discusiones del seminario volvimos una y otra vez a la importancia de la experiencia subjetiva, a una historia “desde abajo”, y a una historia que preste atención a todas las voces en lugar de las que suenan más alto. Del mismo modo, este énfasis en la subjetividad implica cierto grado de humildad y consideración entre los historiadores globales; entre quiénes somos, qué hacemos y los límites de nuestra comprensión como profesión.

Esto no quiere decir que un enfoque global para la historia no nos pueda enseñar nada nuevo. Al contrario. La multiplicidad de voces, la diversidad de los sujetos, las implicaciones del debate: todo es inspirador y desafiante para una disciplina que depende tanto de la experiencia, la práctica, las asunciones comunes y un estilo recibido en el lenguaje escrito. Si acaso, las lecturas nos han obligado a enfrentarnos a nuestro privilegio inherente y nuestra complicidad como participantes y beneficiarios de la narrativa occidental predominante. Por lo general, estuvimos de acuerdo en que el

⁹ EDWARD P. THOMPSON, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. Elena Grau y Jorge Cano (Madrid: Capitán Swing, 2012), 30.

¹⁰ MICOL SEIGEL, ‘World History’s Narrative Problem,’ *Hispanic American Historical Review* 84, no. 3 (2004): 431–446.

estudio de la historia global nos brinda una productiva “pérdida de inocencia” colectiva.

¿Qué hemos aprendido de estas lecturas y discusiones? ¿Cómo podría la historia global del futuro cumplir con su potencial emancipatorio original? Cada uno de nosotros tenemos nuestras propias ideas, pero a continuación enumeramos algunas de las sugerencias y comentarios que expresamos los miembros del seminario:

- Más historia global por y sobre mujeres. Dado el énfasis de la historia global en distintas personas y nuevos lugares, es (¿irónicamente?) sorprendente que el campo esté dominado por los hombres. La voz y la mirada masculina tienden a dominar en los debates, y los hombres suelen ser los protagonistas más visibles de las narrativas de historia global. Hay ejemplos excelentes de historia global de las mujeres, pero no suelen incluirse en los debates sobre espacio, movilidad y conectividades.
- Del mismo modo, el énfasis en la conectividad transnacional tiende a privilegiar a aquellos con el tiempo y el dinero para conectar. Con alguna excepción (como las historias de criadas y sirvientas japonesas de Amy Stanley), apenas sabemos nada de las experiencias de quienes no participaron de tales conexiones, o acerca de la visión global o las experiencias de los que se quedaron en casa.¹¹
- Es importante señalar la pluralidad de formas en las que se construye el conocimiento. Las historias globales tienen el potencial de ampliar enormemente el análisis de las maneras en que la gente, tanto en el pasado como en el presente, da sentido a sus entornos sociales y naturales. Estas historias cuentan con conciencia ambiental y consideran las relaciones entre humanos, naturaleza, objetos materiales (recursos, tecnologías, herramientas, artefactos, bienes de consumo) y prácticas transculturales.
- Es necesario descentrar algo más que Europa. No es suficiente con añadir más lugares y examinar las conexiones entre distintos espacios. El “Eurasiacentrismo” no contribuye a desplazar las categorías de progreso y modernidad, y la cuestión de su presencia o ausencia (la cuestión de la “divergencia”) que todavía predomina en las narrativas de historia global. Las comparaciones recíprocas que parten de Nigeria, Perú o Japón y plantean preguntas sobre la historia europea pueden ofrecer una alternativa.¹²
- Necesitamos narraciones más complejas que desarrollen las distintas relaciones entre el pasado y el presente. No aprendemos “lecciones de la

¹¹ AMY STANLEY, ‘Maid-servants’ Tales: Narrating Domestic and Global History in Eurasia, 1600–1900,’ *American Historical Review* 121, no. 2 (2016): 437–460.

¹² GARETH AUSTIN, ‘Reciprocal Comparison and African History: Tackling Conceptual Eurocentrism in the Study of Africa’s Economic Past,’ *African Studies Review* 50, no. 3 (2007): 1–28.

historia”, pero los historiadores pueden identificar alternativas y puntos de inflexión y dar cuenta de lo inesperado. Respecto a las preocupaciones del siglo XX, la historia global podría servir para desnacionalizar y ayudar a explicar la historia de la esclavitud. Un enfoque global de la historia de la esclavitud permitiría contextualizar sus especificidades en los Estados Unidos (al menos extendiendo su historia al Caribe), explorar las conjunciones entre raza y esclavitud, e identificar la relación entre la esclavitud y la historia de la conquista colonial.

- Algunos de los mejores y más innovadores textos que leímos en el seminario trataban sobre temas de la historiografía de la Edad Moderna. Como últimamente se ha vuelto habitual (al menos en la historiografía anglófona) extendimos el periodo moderno hasta bien entrado el siglo XIX, teniendo en cuenta que la historia global del siglo XX tiene un enfoque institucional e internacional diferenciado que ya cubre otro seminario del IUE. La cuestión de la periodización es importante. ¿Hay algo más eurocéntrico que la división entre Edad Media, Edad Moderna, Edad Contemporánea, etc? ¿Funciona siquiera con la historia europea? Valerie Hansen ha mostrado que si comenzamos la historia de lo “global” en 1500 con la “edad de los descubrimientos” estamos siguiendo una perspectiva eurocéntrica. Para descubrir “nuevos” mundos, los europeos siguieron a menudo rutas establecidas por no-europeos siglos antes.¹³ Es preciso señalar de forma crítica que Europa sigue funcionando como “referente silencioso” en la cuestión de cómo el cambio sucede en el tiempo.¹⁴

Reiteramos nuestro agradecimiento a Cromohs por la posibilidad de expresar nuestras opiniones en este formato colectivo. Los seminarios y la actividad docente se han visto enormemente afectados por el COVID-19, y nos haría muy felices que nuestras experiencias y reacciones acerca de los problemas concernientes a la historia global durante estos tiempos inciertos pudieran estimular conversaciones futuras. En particular celebramos el compromiso de Cromohs con la publicación en acceso abierto. Sólo mediante el libre (y gratuito) intercambio de ideas e investigaciones podemos aspirar a contribuir al progreso de este emocionante campo de estudio.

Traducción: Roberto Antonio Larrañaga Domínguez,
Asensio Robles Lopez, y Alejandro Salamanca Rodríguez

¹³ VALERIE HANSEN, *The Year 1000: When Explorers Connected the World and Globalization Began* (New York: Scribner, 2020).

¹⁴ CHAKRABARTY, *Provincialising Europe*, 28.